La Esfera, nº 2, 1991

CON PODERIO

Se está convirtiendo en un arte universal. El flamenco llena hasta la bandera los teatros internacionales más importantes. Y su estética y su hechura técnica viven ahora un momento de efervescencia renovadora. El cante, el toque y el baile han salido ya desde el reducto del tablao a la superficie del mundo del espectáculo. Pero esta vez sin hacer concesiones: sin perder el dramatismo, el alma y la pureza de las raíces *jondas*. El flamenco triunfa ahora con todo su poderío.

TEXTO: VIRGINIA OÑATE
FOTOGRAFÍAS: JUAN LUIS JAÉN

EL AUGE DEL FLAMENCO

hasta los trajes de faralaes, que siempre habían tapado los tobillos, se acortaron por debajo de la rodilla. Empezaba a llegar el turismo extranjero, al que se le ofrecía como *tipical Spanish* los discos del verano aliñados con ritmos aflamencados.

Pero, a pesar de ese inicial proceso degenerativo, en los años 70 recuperó toda su profundidad y su pureza. En realidad, las raíces del flamenco no contaminado se habían mantenido atrincheradas en los reductos cerrados de las familias y de los tablaos. Este hecho permitió la celebración de una numerosa serie de festivales en Andalucía, que ofrecieron un flamenco auténtico, y que marcaron el punto de partida para su total curación. En ellos se curtieron artistas de la talla de El Camarón de la Isla, El Lebrijano o El Cabrero y oficiaba de maestro el gran Mairena.

El flamenco resultó fortalecido y, además, se universalizó. Fueron muchos los profesionales que contribuyeron a darle un carácter más cosmopolita. Pero la palma se la llevaron la guitarra de Paco de Lucía y el ballet de Antonio Gades (aunque no se considere flamenco en sentido estricto). Tampoco podemos olvidar las tres películas de Carlos Saura *-Bodas de Sangre, Carmen y El Amor Brujo-* que, dada la amplia difusión del cine, posibilitaron que el gran público descubriera la estética flamenca. A partir de ese momento, el listón subió de nivel. "Desde Paco, los guitarristas españoles están más preparados", afirman los representantes de El Planeta, asociación para la defensa del flamenco, de Fuenlabrada (Madrid). "El flamenco en general -continúan- es hoy más profesional, se ensaya más, se cuidan con más esmero las condiciones de luz, de sonido, etcétera. Asimismo, ahora se diseñan con más cabeza las cumbres flamencas, organizando espectáculos con un hilo conductor (los viejos trianeros o Extremadura, por

surgió en Madrid y, después, se traspasó a Andalucía. Y es que Madrid es la otra patria de este arte, al que recibió con los brazos abiertos en la segunda mitad del siglo pasado".

Efectivamente, la capital de España siempre ha guardado una relación pri-vilegiada con el flamenco, si bien nunca llegó a crear su propio modo de expresión como ocurrió en Levante o en Extremadura. Según recoge el flamencólogo Angel Alvarez Caballero, de 1860 a 1910, en la llamada Edad de Oro del Cante, había abiertos al público en esta ciudad más de 50 cafés-cantante, la mayoría situados alrededor de la céntrica plaza de Santa Ana. Este hecho quedó reflejado en las letras de las canciones, como aquellas alegrías que decían: "¿Qué es lo que me pasa a mí?, si doy la vida por Cádiz también la doy por Madrid".

Por otro lado, los componentes de El Planeta afirman que "en Madrid se ha propiciado un flamenco más renovador, una expresión más moderna, aunque sin perder de vista el espíritu andaluz".

Esta opinión es compartida por todos los artistas entrevistados. Así de tajante es José Mercé, uno de los mejores cantaores actuales y miembro de los Sordera, importante familia flamenca de Jerez de la Frontera: "En el Sur son más ortodoxos y no les gusta que introduzcamos elementos como el tambor, el violín o la percusión. Pero yo creo que eso no es salirse de las raíces, sino enriquecerlas. El arte tiene que ser universal".

Este gitano de pelo claro y ojos azules, que acompañó durante nueve años al ballet de Antonio Gades y que ahora trabaja en solitario, afirma que "el gitano y el payo interpretan el flamenco de manera diferente, aunque eso no quiere decir que unos lo hagan peor que los otros. Lo que ocurre es que la raza calé, como no sabe escribir, todo lo expresa y lo cuenta con el flamenco. Es lo único que tenemos".

Otra de las características del flamenco madrileño radica en que ofrece la cartelera de teatro más extensa y de más nivel de todo el país. En esta ciudad han tenido que afincarse desde hace tiempo los profesionales que han querido trabajar en espectáculos de más envergadura. Hasta allí se desplazó a principios de siglo el gran Chacón, mítico cantaor que en Madrid se convirtió en Don Antonio Chacón. Y después lo hicieron el cantaor granaíno Enrique Morente, el guitarrista y compositor Manolo Sanlúcar, Cristina Hoyos... Y en la actualidad, los valores más jóvenes siguen teniendo que abandonar sus tierras de origen para triunfar.

Así lo hizo Antonio Canales, uno de los bailaores con más personalidad de la nueva generación y perteneciente a una familia sevillana de raigambre artística. Llegó a Madrid con 17 años y uno más tarde ya formaba parte del Ballet Nacional. Este artista de raza *cuchichí* (mezcla de payo y gitano) y que ha conseguido importantes premios internacionales, como el del Festival de la Ciudad de Mexico al mejor bailarín extranjero, explica rotundamente: "Si quieres darte a conocer, no queda más remedio que venir a Madrid. Aquí el flamenco está más evolucionado y se enfoca más al teatro y no tanto al tablao. Además, están los mejores maestros y las mejores escuelas".

Canales, que aprendió ballet clásico sólo para utilizarlo como base en el flamenco, considera que "esta manifestación artística se encuentra en un momento brillante, floreciendo. A mí me gusta bailar el flamenco de los 90, pero manteniendo las raíces".

Totalmente partidario de una estética evolucionada se muestra Joaquín Cortés, ex-solista y ex-primer bailarín del Ballet Nacional: "A mí me tira mucho el flamenco, pero sobre todo el contemporáneo. Y pienso que, por el bien de la danza, debo bailar con un estilo nuevo". Aunque lleva menos de dos años dedicado al flamenco, Cortés presenta ya unas cualidades fuera de lo común, gracias a una perfecta imbricación entre la disciplina del clásico y su temperamento racial de gitano.

"En Madrid no sólo se baila de forma más innovada, sino que por lo general se domina mejor la técnica -dice con convicción-. Saber meter un *pellizco* con gracia o tener un golpe de efecto está muy bien, pero yo voy más lejos. A mí me gusta que el público diga: aquí hay un bailarín".

A juzgar por todas estas declaraciones, algo ha cambiado en el mundo del flamenco. Este arte, tradicionalmente intuitivo, espontáneo y temperamental, está en la actualidad com--pletándose con una extensa formación académica y orientándose hacia una expresión más universal.

Uno de los profesionales que ofrece una obra más culta e intelectual sin borrar el dramatismo de lo *jondo* es, sin lugar a dudas, el guitarrista y compositor Manolo Sanlúcar. Hace más de 20 años que el genial intérprete comenzó a investigar en el concepto de la música flamenca, a la que ha llegado a enlazar con la clásica y la orquestal sin perder ni un ápice de emotividad. "Lograr esa fusión entre la música universal y el alma andaluza significa un reto para mí -comenta-. Este es un arte tan rico, que si no ha sido entendido en el mundo es debido a razones sociológicas. Si no hubiera nacido en una clase humilde y apartada, hoy estaría asimilado a la cultura de la humanidad. Cuanto más estudio este género -continúa- más cuenta me doy de su elevado nivel artístico. Por ese motivo, yo me sumerjo cada vez más en esta forma expresiva que para mí es una religión".

Manolo Sanlúcar que, aunque en menor medida que Paco de Lucía, ha hecho también sus incursiones en la combinación de las músicas del flamenco y del jazz aclara que "el concepto de la pureza es muy relativo. Es como una persona que se cambia de ropa, pero debajo permanece siempre el mismo cuerpo. Yo no vengo al flamenco a cambiar nada; sólo pretendo que nazca una rama que lo una con la música universal. Y este objetivo -concluye- no sólo es el sello de mi obra, sino lo que puede justificar mi vida".

En lo que respecta al cante, dos hechos sorprenden a todos los ajenos a este ambiente. Uno de ellos es que todavía sigue estudiándose de forma autodidacta. No existen academias ni profesores. Los cantaores aprenden oyendo a los grandes artistas, intentando conocer los *palos* y sus variedades, repitiendo e imitando hasta que cada uno consigue *sonar a sí mismo*....El otro, que se trata de una manifestación casi reservada a los hombres, en la que tradicionalmente ha habido muy escasas voces femeninas.

"La atmósfera del flamenco es muy machista -cuenta Carmen Linares, excelente cantaora que ha sido comparada con la mítica *Niña de los Peines*.- Antiguamente era un mundo tan masculino, que las flamencas debían acudir siempre acompañadas de un padre o un hermano. Además, el cante es muy duro y no está enfocado a los dos sexos, como sucede en el baile. A mí me ha costado mucho que me tomaran en serio".

Con esta opinión coinciden también los representantes de la asociación El Planeta, quienes añaden que "este mundo se consideraba para *gente de mal vivir*. Que en una familia hubiera un hijo flamenco era tenido como una desgracia".

Carmen Linares se introdujo en este arte gracias a su padre, guitarrista aficionado, que creyó en ella y la llevaba a concursos infantiles. Esta artista, de la que se comenta que su grito por *siguiriyas* pone la piel de gallina, explica: "Mi escuela fueron los tablaos y oír a los mayores. El cante no ha cambiado mucho desde entonces porque todos los que se creen que entienden no nos dejan que volemos. Pero yo pienso que este arte, como todos, debe ir evolucionando y también se deben innovar las letras, porque hablar en estos momentos de *la mujer de la vida* pienso que carece de todo sentido".

Como se desprende de las declaraciones que han ido apareciendo, el flamenco está más vivo que nunca y le aguarda un futuro prometedor. Y a propósito del porvenir, no podemos olvidar a dos nuevos valores, niños aún, que ya están actuando en escenarios importantes.

Uno de ellos es *El Potito*, cantaor de 15 años e hijo de la familia Vargas, de gran solera flamenca. De este chico dicen los aficionados que *tiene raza*, sabe templarse y lleva a la gente a su terreno. *El Potito*, que empezó acompañando al baile, en las casetas de la Feria de Sevilla y en las fiestas de señoritos, ha vendido ya 50.000 copias de su primer disco.

El otro es Jerónimo, guitarrista de 14 años que ya ha actuado con Paco de Lucía en Nueva York. Miembro de la familia de los Montoya e hijo también de tocaor, su padre cuenta que "cuando el niño tenía 6 años, estaba un día en televisión Narciso Yepes interpretando *Recuerdos de la Alhambra*; yo le dije que una parte concreta de esa canción no me salía y él se puso a intentarlo. Luego me marché y, cuando regresé, oí tocar de nuevo ese fragmento y pensé: pero ¿aún está ahí el Yepes?. Y era mi niño". Jerónimo está preparando su primer LP para el que ha compuesto seis temas: "Bueno -puntualiza- mi padre me ayuda. El es como un ordenador, que me da las instrucciones y yo las sigo".

Y es que el flamenco continúa y cada vez con más fuerza. Como dice Cristina Hoyos: "Este es un arte muy joven y aún no ha dicho su última palabra. En lo que respecta al baile, hay un montón de movimientos nuevos que se han obtenido de forma espontánea, por instinto, sin proponérselo nadie. Y es que el flamenco se encuentra en plena fase de evolución, en pleno desarrollo. ●